

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS, iniciativa de la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que distribuye para sus suscriptores la revista *El Malpensante* y en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles y organizaciones gubernamentales.

Este número 63 es una antología de poemas de Óscar Hernández, preparada por Juan Manuel Roca, bajo el título: *Las contadas palabras*.



N.º 63

*Las contadas
palabras
Antología*



Óscar Hernández

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL

2010

ISBN 978-958-710-610-7

© ÓSCAR HERNÁNDEZ, 2010
© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2010
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Fax 342 4948
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición

Octubre de 2010

Ilustración de cubierta

Comala, por ANTONIO SAMUDIO, 1989,
linóleo, 0,20 x 0,20 mts.

Diseño de carátula y composición

Depto. de Publicaciones

Impresión y encuadernación

Nomos Impresores

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

UNIVERSIDAD
EXTERNADO DE COLOMBIA

Fernando Hinestroza
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

LA CENA

Comía a las seis,
con golpes de campana sobre el plato.
Comía campana y pan
y algo de lágrimas.
Se llamaba... se llamaba “no sé”,
tal vez manos muy grandes o hambre
y se llamaba hombre.
Se llamaba “no sé”
y tenía en su casa una mesa cuadrada
y siempre,
un hijo para teñir de rojo
las mantas de su cama.
Era un hijo: “tal vez dentro de un mes”
“quizá esta misma noche”,
y el padre madrugaba como un amanecer
con el “tal vez” bajo las botas.
A las seis eran fríjoles
y a las todas angustia,
y se limpiaba el surco de los labios
con un mantel y tierra.

“No sé”, murió,
se fue del plato a cualquier hora
sin que comiera su ración de campana
y su porción de fríjoles.
Le servían campanas en un plato de lata
y le servían lágrimas como unas habas tristes.
“No sé” ya estaba muerto
mucho antes de su plato
de campanas y fríjoles.

SIMÓN METÁLICO

¿Y quién no ha hablado de Bolívar?
¿Y quién no ha dicho que libertó muchas naciones?
¿Quién no conoce en los museos su vieja espada
o la chaqueta de la guerra que se quedó detrás de
un vidrio?

Todo eso está ya dicho, yo miro el mineral.
Bolívar y sus pantalones de bronce,
sobre todos los parques que libertó en América;
su espada de bronce, su caballo de bronce,
duro el ojo, parado en el último combate.
En todas las plazuelas de la tierra
le está cayendo musgo al padre,
musgo a su espada, musgo a todo su bronce
y a los flancos inmóviles de su caballo muerto.
Y colocan al fabricante de la libertad
una corona de hojalata para que dure un día más,
se hacen al padre, al bronce y al caballo
largos discursos de hojarasca.
Mil veces han gritado: “El padre de la Patria”
y sin embargo, el dueño de los ríos y los potros,
remasca su gloria de opereta,
de vitrinas oscuras, gloria de los rincones y los
parques
donde no llega el jardinero sino a abrir su bragueta.

Pobre padre Bolívar castigando en el bronce.
De aquí no sales más, le dijo el fundidor,
y vació sobre el barro metales derretidos.
A Bolívar le quemaron el alma
los estatueros de las fundiciones.
De aquí no das un paso, le dijeron tres hombres
cuando lo anclaron bajo un árbol y un pájaro.
Bolívar está muerto, está muerto, está más muerto;
está apretado en su ataúd de bronce
como un grano de trigo entre dos rocas;
Bolívar está muerto en su caballo;
de aquí no das un paso;
y su bota quedó en el aire suspendida
y su otro paso no lo ha dado jamás.
Las generaciones van todas a los parques.
Años atrás hablaban de la guerra,
nuestra “sangrienta guerra”,
con unos pantalones atados al tobillo.
Daban vuelta a la estatua y ponían
las zapatillas sobre el pedestal
y hablaban mal del tiempo.
Los políticos iban y decían “la patria”,
lamían la palabra “República”
a la espera de comerse una sílaba;
y al fin llegaron las niñeras
que dan vueltas a la estatua con un tropel de hijos
ajenos.

¿Quién no ha visto la espada de Bolívar
combatiendo al silencio en un museo
y a su pistola muerta disparando epopeyas?
¿Quién no sabe que libertó cinco naciones?
¿Y qué empuñó este continente como un sable
desde el puño nudoso de Colombia?
¿Qué fue soldado y tísico?

De aquí no das un paso, caballo de bronce de
Bolívar:

los espolines de tu dueño
no punzan más que al viento en sus ijares.
Padre Bolívar de rincón de parques,
estás muriendo nuevamente en cada tarde.

*

Simón, alimentado de victorias,
con los cubiertos de la guerra
colgando de sus huesos,
come pisadas de palomas,
intimidación de insectos,
siestas de golondrinas
en los pliegues de piedra de su capa.
Simón, hijo del padre y de su espada,
dando albergue a los pájaros.

Simón Batalla que envainó los gritos
en todas las cubiertas de los árboles
se nutre ahora de un silencio metálico.
Simón universal, Simón América,
guarda como una plaza fuerte
la sombra de sus parques,
sus invisibles puertas y su hierro.
Conquistador de estanques y de araucarias,
te hemos cambiado el llano por los peces,
los Andes por una niebla oscura,
te cambiamos la espada por los pinos
y los estribos desbocados por una piedra muerta
sobre el césped.
Te dan coronas tristes
cuanto tu estatua triunfa en el crepúsculo,
y por cada batalla con el viento
tienes cien mil cadáveres de hojas.
Oh, piedra resignada de Bolívar,
granito muerto, carne de museo,
polvo de tu guerrera,
Simón Bolívar de sable enmohecido,
libertador de fraguas y cinceles.
En esta América, tuya por tu brazo,
se va a morir tuberculoso el bronce.

LAS CONTADAS PALABRAS

Escribe hermano, escribe
para que hagamos un poema,
pero ha de ser escrito con las manos,
con nuestras manos de hombre.
¿Y por qué así un poema, con tan pocas palabras?
Porque todas las cosas deben hacerse así,
como Dios hizo al mundo,
con su fe, con sus ojos y con su voluntad.
Además, conocemos apenas muy contadas palabras,
sabemos dos, o tres o cuatro...
hombre, caballo, alambre, arroz.
Que digan los poetas:
Atardecer, crepúsculo, navío;
nosotros no entendemos más que cuatro palabras,
la última es arroz.
Hay que escribir para los hombres,
para el ladrón y para el santo.
Los hombres del mundo dicen sencillamente:
hombre, caballo, alambre, arroz.
Que este poema, hermano,
sea claro a los ojos de los que no comprenden:
atardecer, crepúsculo, navío.

Y es que todos los hombres, iguales a nosotros,
entienden solamente:

hombre, caballo, alambre, arroz.

Desde la humilde esquina de mi casa

mi mano grande dice adiós

y se mueve en el aire para todos.

Decid conmigo, amigos:

hombre, caballo, alambre, arroz.

SE PROHÍBE LA ENTRADA DE LOS MUERTOS

“No escupa sobre el suelo”.

“No fumes”. “Haga silencio”,

que están cortándole las manos a un hombre
en el salón vecino.

No escupa, que la saliva

suená sobre el piso

como el golpe de una moneda muerta

en el sombrero de un mendigo.

No fume, que el tabaco

y el humo nos recuerdan

la producción en serie de cadáveres

salida de las fábricas.

“No pase”, este trayecto está vedado

para todos aquellos que respiran,

para viajar por este sitio se precisa

estar vestido de madera y haber dado una cuota

al artesano experto que hace cruces.

“Se prohíben visitas”,

de aquí no pasa nadie,

nadie más que las pinzas

y nadie más que el éter,

que el algodón y el éter,

que las gasas y el éter,

que el éter y sus frascos.

De aquí se sale muerto o no se entra.
“Suelte la llave al agua”,
pero, ¿quién suelta el agua?
¿Por qué encierran el agua como un loco?
“No hable en los pasillos”.
Dé paso a esa camilla y no sonría;
si no sabe rezar agache la cabeza
sin sombrero y sin ganas.
El cloroformo hace oír cosas...
“No se reciben muertos”.
Los cementerios se cerraron.
“Se necesitan hombres sanos”,
ésta es la voz de un hospital.
“Por motivo de viaje se vende una granada”,
esto dice un soldado.
Y una mujer exclama:
“Vendo mi vientre para cántaro”.
“Compramos agua y peces”,
van gritando los ríos.
“Se necesita un Dios para los negros”,
repiten los tambores en el África.
“Aquí hay un muerto”,
se espanta un cementerio.

Mientras tanto vamos diciendo todos:
¿Una granada para qué? ¿Un vientre para qué?
¿Por qué los ríos buscan agua y peces?
¿Para qué Dios los negros
si sus dientes son blancos?
¿Un cementerio se asusta de los muertos?
Cómo es de extraño todo, y sin embargo
tienen razón los cementerios.
¡Soy el mejor postor del vientre!
¡Lo compro por dos hijos!
Traedme la granada
que yo tengo un buen precio por ella,
la cambio por una aguja de bordar
o por la lágrima de un huérfano.
¡Yo tengo el Dios para los negros!
¡Yo tengo el Dios que viaja al África!
Vale una risa blanca y treinta y dos caminos.
Puedo surtir los ríos,
del último naufragio me quedó un mar
y un batallón de peces.
¡Por fin, por fin!, yo tengo un hombre
para espantar los cementerios.
Vale una cruz, un desfile de amigos
y cuatro hombres que suden debajo de mi frío.

GRAN PADRE TODO

Padre, padre,
está la casa sola.
Padre, abre un hueco a la tierra
y escucharás al hijo:
Mi carne es dura carne,
brilla menos la luz entre los ojos
y me duele tu vida sobre el polvo.
Padre, no solamente tú, padre de sangre,
sino mi padre todo,
mi padre pan, mi padre muerte
y hasta mi padre ausencia.
No sólo tú,
sino hasta los marinos, hasta el padre timón,
el capitán.

Padre la misma lluvia
tendiendo redes blancas a la noche;
padre el acero,
padre los pechos contra el mismo acero.
Padre... y está la casa sola,
mi casa de barro lateral
y sus paredes duras para el sueño,
y otra casa,
la del que vive al lado,
casa de Óscar Hernández
habitada por nadie.
Padre de todas las cosas,
me enloqueció la lengua
¡de mirar tantos hombres!

EL FIN

Ahora sí, se han secado todas las fuentes.
Ahora sí, se me cayeron las miradas sobre el pecho,
se me cayeron tristemente sobre el pecho.
Recuerdo que tenía pensadas muchas cosas,
buscar una mujer, sembrar en ella un hijo
y cantar en la tarde porque aún tenía cantos
y no pensaba en más.
Pero los días tienen la muerte de las cosas,
y mi esperanza era una cosa, pero los días...
los días son así, nunca meditan
que van hundiendo el tiempo
y van de luz a luz.
Recuerdo también el tacto suave de mis dedos
y el tacto suave de las rosas,
y el tacto suave de las rosas en mis dedos,

y el candil de mi abuela
que se enredaba al hilo y a los ojos,
y el perro desteñado como un retrato antiguo
sobre un amplio cojín;
y las palabras de una tía sin lumbre
entre su ajado sexo, ajado y duro,
que apenas conoció la palabra deseo
se constriñó y siempre fue una ostra
encerrando su perla desesperadamente.
Ningún cuchillo pudo levantar sus dos valvas,
y así murieron, ostra y perla,
perdidas junto al perro que olfateaba,
y mirando el candil, la aguja, el hilo,
y la llama que estaba sobre la aguda punta.
Y recuerdo también que las miradas,
mis jóvenes miradas,
iban siempre hacia arriba.
Ahora, se me cayeron sobre el pecho,
sobre el pecho.

GERMINAL NEGRO

Aquí se está formando un hombre,
en este lecho.

La madera curvada bajo nuestros dos pesos
ya lo sabe;
ya lo sabe el silencio,
ya lo saben la sábana y la almohada,
ya lo sé yo y el vientre ya lo siente.

Aquí se está midiendo un hijo en gotas tibias.

Una lluvia de hombre, eterno, viva, crepitante y
blanca,

aquí se dan los golpes para un nuevo camino.

Entre dos cuerpos gira un hombre,
gira y busca su sitio y el sitio se le abre.

¡Oh! la poderosa lámpara del sexo
atravesando dulcemente una noche estrechísima
de carne.

Ya estará el hijo con su rencor formado
debajo de la primera tabla de esta lana,
ya tendrá sus amores y sus dudas,

ya tendrá, ya tendrá hasta la masa de su nombre
desovillando letras en los labios;
ya el universo tiembla un poco
porque alguien va a mirarle,
se mermará ligeramente el viento
y habrá mineros buscando sal y hulla
para salar su vida y alumbrarla.
Aquí, sobre este lecho,
un ignorante amor de lo que suma,
de lo que multiplica y aglutina,
se come a veces una historia
que apenas a empezado una firme carrera hacia
la tierra.
En el espacio que llenó la gota cupo todo el futuro,
se conjugó lo activo y la muerte acudió para su
espera
tejiendo con sus huesos un árbol cónico y profundo
que marchará de lado con horas, con los pasos,
con el que fue encontrando su madera
sin buscarla, sin que nadie dijese: esta es la tuya.

Un porvenir de noches y tareas ocupó las entrañas
como el que llega a una casa sola
a oscuras y se sienta
para llamar la luz con su desvelo.
Aquí, con este yunque y esta fragua
y con este martillo ácido y nocturno y penetrante
como el acero de los túneles,
y con un lecho de fondo aporreado
y orillas blancas y crujir metálico
se está formando un hombre.
Y el pobre hombre no sabía
en cuál minuto lo condenó la callada madera
hacer un árbol o dos panes
o un sembrado amarillo de naranjas,
pero lo condenó el minuto.

AMAOS IDIOTAS

Amaos –¡Idiotas!– los unos con los otros,
amaos entre todos, porque si nó,
¿entre quiénes?
¿Cómo os dijera que esto no es lo que la gente
llama poesía?
¿Cómo os dijera que estos no son versos?
¿Qué hiciera yo para clavaros las palabras,
para deciros que es una obligación?
Que os améis, mis hermanos,
que me améis un segundo,
que tendáis una víscera muerta al pobre cuervo
y no martiricéis la espalda de los sapos,
ni rompáis su croar con vuestras piedras;
que entreguéis una piedra al camino
y devolváis el agua al pez que aún no ha muerto.
No sólo deis comida a los hambrientos:
llenad de panes y de sopas toda la boca al hambre.
No visitéis a los enfermos,
haced que cada paralítico camine en vuestras piernas;
no deis apenas un abrigo, bordad los continentes
para hacer una manta ecuménica.
¿Y, esa moneda tan pequeña?
Por Dios, no vais a dar una moneda, esa,
mostrad vuestra alacena,
tended bien los manteles de la casa

y poned a los pies de vuestras camas
una almohada, porque siempre habrá alguno
a quien espera el sueño en vano
desde hace muchas noches,
y hay que servir el sueño en bandejas de lana.
Y romped los cerrojos a las puertas,
y envid las puertas hasta las cocinas
donde se cuece la comida al calor de la fiebre
y al humo de sacrificios industriales.
No volváis a cerrar los ojos al que muere:
ampliad los ojos del que nace.
Manteneos tan cargados de amor que al ver un niño
sintáis sobre el pecho velludo
dos volcanes de leche
¡Qué os sintáis madres aunque seáis herreros!
Amad con todo, con las manos, el torso,
que se rompan los hueso
con cualquier fardo ajeno a tu fatiga,
que en los ojos haya sal y tormento
por cada lágrima desconocida;
que duelan las heridas de un hombre
muerto hace mucho en cualquier sitio,
y que os duelan las sangres ignoradas
de los que van calzándose las botas
y dan el beso de los puertos, de los trenes,
los besos que resbalan desde los labios hasta las
culatas,

los que van del chasquido hasta el disparo;
que os duelan esos besos dados a los hijos,
y a las pequeñas cosas que quedan en la patria
como el maíz, el patio del hogar, la llave de la puerta
y hasta un libro olvidado en su primera página.
Amaos, hijos de Dios y de la cópula,
porque si ahora se os pone un rasero de amor
sobre los hombros,
os perderéis más allá del talón.
No volváis a cenar solos
ni a desayunaros con migas de silencio;
dad a todos, pero, ¿qué dar, si nada es nuestro?
Entregad vuestra sal, vuestra manteca,
paraos en la puerta para llamar a alguien
y si no hay nadie,
sentad un pájaro a la mesa.
Decidme otra vez loco, idiota, y os amaré otro grado.
Pero no uséis tántos bolsillos
ni tántas cerraduras
ni tántos números,
ni uséis tántas blasfemias
ni tánto hierro en la ventana
ni tánta fórmula siniestra,
ni clavéis tántas puertas en el aire;
dejad siquiera que la noche tenga su saldo de
ladrones

ya que habéis prohibido su entrada a los hogares
cuando pudieron ser buenos vecinos
y ayudar a la siembra de cebollas,
a la desyerba de las eras
y a las limpias tareas de la escoba.
Y no esperéis que los ladrones rompan los cerrojos,
id a buscarlos sobre sus esquinas,
averiguar por ellos a todas las ganzúas
y a todas las tabernas
y hurtad sus sacos para llenarlos de pequeños
objetos.

¡Qué os améis, mis idiotas, qué os améis!
Que no oscurezca en vuestra culpa la estrella del
gendarme,
que no se gasten los tacones del vendedor de
puerta en puerta,
que no se raspen la garganta con un grito
los vendedores hambrientos de los diarios.
Comed tan buenamente, como si se tratara
de una torta que en todos sus extremos esperase
una boca.

¿Pero, por qué no os amáis?
¿Por dónde se ha quedado el corazón?
¡Idiotas! Idiotas, hay que amarse,
pero hay que hacerlo por encima de eso
que estáis llamando amor.

LA VOZ DEL HOMBRE

Y además, para que todos sepan,
yo no puedo decir nada distinto
de lo que dicen todos.

La voz del hombre siempre estará prendida
al eco de las otras.

Estas palabras son las mismas,
las mismas que dijera un condenado a muerte,
o las solas palabras que diría el hombre que da trigo
al pico de los pájaros.

Si yo dijera ahora:

El crepúsculo duerme su sueño de violetas
o si cambiara el ritmo que marca el ritmo mío,
y dijese:

El mundo es una hoguera que consume los brazos
de los hombres como leños de carne;
tal vez una mentira se me asomase al rostro.

Por eso, yo digo esto y aquello,
lo de los marineros, lo de la piel del negro,
lo que tiene de blanco el lecho de la esposa
y la sangre que tiene el mismo lecho.

No puedo decir más,
nunca he entendido las raras abstracciones de los
hombres

a pesar de ser hombre

y decir como todos cuotidianas palabras,
cuotidianas y blancas, porque siempre he querido
que sean blancas las voces de los hombres.
No he dicho nada nuevo,
simplemente, he hablado una vez más.

VIVA Y SANTA ALEGRÍA

Estuvimos alegres,
pero alegres como dos criadas en domingo.
Estuvimos oliendo a madera cepillada;
alegres de los zapatos hasta el alma,
parecía que en el pecho tuviéramos
dos felices pedazos de música contenta
o nos hubiésemos robado una campana.
¡Alegres! Y en ambas manos florecían
diez gargantas de pájaros
y el aire se pasaba
improvisando flautas en los dedos.
¡Y hasta el cabello!, qué gozo en el cabello
con su baile incoloro de muñecos de viento.
Parecía que el domingo
hubiera dado un salto sobre el jueves.
Íbamos por la calle y era
como tomar del suelo piedrecillas brillantes
o pañuelos, o ver bailar sobre la palma un trompo
que nos prestó un pequeño.
Alegres hasta el miedo y con risa,

con una risa nuestra y ancha
semejante a la puerta de una iglesia;
una risa tan larga
como la calle de un pueblo por la tarde.
En cada esquina veíamos algo que amar,
a quién decirle: buenos días;
le exprimimos tal goce a ese día
que va a quedarse anémico dos meses.
¿De dónde vendría la alegría?
Pues de donde ha de ser, de los lugares,
de muchos sitios,
de los bares
repletos de gentes que se miran
y se aman por un rato;
de las calles por donde pasan tantos corazones
detrás de tantas cosas.
De los parques, vino desde nosotros.
¡Y, qué alegría!
Como dos leñadores en camisa recostados
contra el árbol crecido de la tarde,
como estrenando piel
y por la sangre discurriera
un desfile de niños tranquilos y descalzos.

¡Qué alegría! hasta poder decirse: ¡Qué alegría!
Estuvimos alegres
como si hubiésemos llevado en nuestra espalda
una cosecha entera de mañanas
o un campo de trigo plantado en los dos hombros
o un patio inmenso bañado de palomas,
un racimo de besos, un traje verde mar,
una sortija nueva;
tan volcados, tan blancos, desbordados y hermanos
que empecé a sentir leche por los labios
y un deseo tremendo de esculcarle los pechos a
mi madre.

Ayer estuvimos tan alegres
que me avergüenzo de ese día.

RÉQUIEM DE LA DESESPERANZA

Vuelvo a perder la luz,
nueva mañana ciega
trajeron sus dos manos,
nueva muerte delgada en su cintura,
nuevo epitafio para esta doble muerte.
Te amo entre cirios,
entre flores oscuras coloco tu mirada
y amo tus populares telas de martirio.
Amo todo lo tuyo;
tu sonrisa en silencio,
la espesa selva de los ojos
hechos hace veinte años.
Sólo una cosa odio en ti,
y aún no sé qué sea.
¿Recuerdas aquel circo
donde un león lloraba
bajo la rota carpa de la noche?
¿La pesadilla de los malabaristas,
la recuerdas?

Entre pitos de trenes
hago fiel tu presencia;
en pequeños relojes
oigo sonar tu vida.
Marcas la hora de la dura tragedia,
das el minuto de la desesperanza.
Adoro tu pequeño cabello recortado
y tus palabras de corola sonora
que llegan hasta una abeja herida.
Yo tocaba tu aire,
el de tus lados,
como un extraño mundo
poblado de misterios menudos.
Yo gustaba tus pasos
con el dulce sabor de las pieles usadas
por tu talón de amor.
Amados asientos esos tuyos,
donde pesaba el aire
más que tu leve cuerpo.

LAS ÉPOCAS DE LA SOMBRA

¿Quién camina a mi lado?

Tu sombra, hija, la sombra de tu cuerpo.

¿Y, qué es la sombra, padre?

Es la hermana que calla junto al hombre,
nace del sol y de la tierra.

Es la vida en silencio contra un muro,
sin sangre, sin edad.

La sombra es una cosa que se muere con uno.

Tú tienes una sombra tan pequeña,

hija mía,

como el brazo derecho de tu padre,

como la cabellera de tu madre;

y tú eres tan menuda como tu propia sombra.

Y crece.

Ya no preguntes nada,

tienes alta la sombra,

estás al medio día de la vida.

Creció tu sombra, hija,

como una enredadera aferrada a tu cuerpo.

Yo fui el origen de tu sombra,
el sol y yo, tu madre, el sol y el padre,
y en la tierra fijó su residencia.
Ahora vas a fructificar en leves manchas,
serán los hijos, los pequeños hijos
que tendrán el tamaño de mi brazo,
el de la cabellera de tu madre
y el de tu sombra, cuando tú preguntabas:
¿Quién camina a mi lado?

La que camina.

Ya lo sabes;
todos los días vas doblando el cuerpo
y apagando los ojos, te deja el sol
un rayo menos cada día en el costado.
Todos los años te haces pálida,
te haces callada, te haces menos sombra.
Los muros te repiten con la duda en sus piedras.
Te estás volviendo menos viva.
¿No ves que ya la sombra tiene forma de Hada?
Es ella, ella, la que camina,
la otra sombra que espera
al lado opuesto de la vida.

MEMORIA

Que no olvide la mano de la madre en el horno
digo esta vez al hombre,
que no me olvide a mí entre el horno,
que no olvide los bollos de maíz,
al animal que muere por nosotros,
al toro entre gemidos y puntillas
y al gallo muerto con su pescuezo más allá.
Al que habita los puentes en invierno
lo había olvidado bajo esta dura lluvia.
Es bueno recordar la palabra papá
entre sufrimientos, sobre carbones viejos,
entre tinta olvidada la palabra papá.
Todo del horno va hacia afuera
y vuelve a él,
si siempre es el que manda.
Al muchachito triste lo conozco,
(pero igualmente triste es mi tristeza)
está hecho de letras cuando alguno le dice:
pobrecito, qué frío tiene,
¿cuál de los dos afiches es más largo?
¿qué tamaño, en papel tiene tu madre?
¿y el hermano menor, dónde no cabe,
si lo cubre una mano o una gota de leche?
Volvamos a la mano en el horno y volvamos
a la palabra que nos dio la vida,
a la frase infantil bajo los puentes,

al invierno en silencio y sus neumonías,
al toro padre muerto contra el palo,
a la feroz batalla de los puercos
atormentando el alba,
al gallo y su guitarra de plumas enterradas.
A no olvidar, volvamos lo que pasa
y aún más, lo que puede pasar si nos dormimos,
lo que pide la mano textilera,
lo que el color nos dice en las paredes,
lo que cantan las piedras trabajadas,
la lección de los lienzos, los ocre y el aceite,
el secreto que ocultan los tambores debajo de su
cuero
(un mestizo construye una canción de perlas y
combates)
lo que nos llora el ron tambaleante,
lo que va oculto bajo dos pestañas,
eso que marcha entre zapatos húmedos.
Digamos, pues, muy claro:
la lluvia,
los cinceles, el domador del algodón en rama,
el que pinta los muros y las telas,
los que sudan cumbiambas y arenales,
el que hace culebrillas alcohólicas,
las dos chispas humildes en los ojos.
El pasado, el futuro, lo que viene,
y el otro tiempo negro, entre maderas.
No es otra cosa que un recuerdo.

ESTO ES TUYO Y ES MÍO

Alguna vez dije a mi amigo del corazón:

Haré un poema como un árbol,

para todos los hombres;

para que entrar a él sea

como entrar en la casa.

Haré un poema que salga por la calle

con su camisa blanca

y con sus pasos,

para que se confunda en la mañana

con la voz del lechero;

un poema que vaya por las tardes

como un trabajador,

con sus claras palabras,

con sus manchas de aceite,

con sus zapatos gruesos.

Que sea fácil de llevar en el alma

como es fácil llevar entre las manos

una bolsa de sal o una naranja.

Haré un poema, dije a mi amigo del corazón,

que se confunda con la mantilla negra de mi madre

y que mi madre dude entre ella y el poema

a la hora de Dios.

Lo haré para mis hijos
que saben tres palabras
y dormir,
y llorar y pedir un muñeco para el sueño.
Y lo haré para mí
que apenas tengo
una visión sencilla de las cosas,
porque necesito que mis propias palabras
me lleven de la mano.
Será un poema blanco,
se podrá atar de un verso
con un cordel,
y seguirá adelante como un perro
para orientar el alma.
No diré: “mi poema”,
lo escribiremos todos,
lo rezaremos todos,
lo cantaremos, o podrá ir en un bolsillo
como un humilde trozo de papel.
Este poema es para todos
y es de todos,
como una sombra mía, es un poema como un
árbol...

EL DÍA DE LAS PALABRAS

Hoy no sé nada.

Pregúntame otra vez el qué, el cuándo,
las dos manos, el día, los volcanes;
el número romano a donde sirve,
si un nombre lleva al dueño a parte alguna,
si a las seis no se pueden los suspiros,
si un talle pesa mucho en la memoria,
si una mujer camina hacia nosotros,
si un carcelero busca los archivos,
si un amigo se acerca a las pistolas,
si los choferes cantan en invierno.

Abril 28, noviembre 3 y 8, agosto cualquier día.

Pero decir que hay árboles nupciales,
horas de sólo plumas en el viento,
meses de oro,
países productores de antimonio,
copaiba en las naciones,
verdades entre arsénico,
puñales heredados,
frases de dos mil años.

Esto es cierto: yo conocí un pequeño
que sorbía la leche
sobre el estruendo de los traganíqueles.
Vi llorar a un filósofo entre un tango
y sonreír una doncella a un acorazado.
Este año vi un dipsómano con un rosario negro
por el cuello.
Pero a pesar de todo, no es este un día de preguntas;
es sólo un día de palabras:
máquina, amor,
lápiz, ensalada, señora verde,
ardor, destruye, Pérez,
llegada, hule, sonajero, barco.
La palabra botella
para alguien que amo,
para ella.
La voz sepulcro para un amigo vivo,
caballo, para un niño ajeno o mío.
Yo, para el que quiera abrazarme o aplastarme.
Mala hora para hablar, salgo a seguir muriendo
paso a paso,
salgo a seguir viviendo paso a paso.
¿Quién se atreve a decir que no es la misma cosa?

HAY QUE MATAR MUCHO

Golpes de muerte quiero,
golpes de muerte para muchas cosas.

Cirios, más de un millón de cirios
y un millón de coronas.

Han muerto pétalo y campana,
murieron ave y caracola,
murió flor y azucena.

Voy a matar un millón de palabras que no sirven
al hombre.

Voy a matar caléndula con un pan de centeno.

Voy a quitarle el alma a patria
con un trozo de tierra.

Voy a matar navío con un monte de sal;
que se hunda esquiife golpeado por madera.

¡Ayúdenme a matar estos pequeños monstruos!

Clavel, muere tonto clavel y mariposa,
os mataré con piedra.

Muere nube, va a matarte aguacero.
Voy a colgar estas palabras de sus letras;
ataré a navíos de sus tildes
hasta que muestren viento.
Y caléndula, esdrújula para colgar del mástil.
Mariposa, me da pena matarte
pero te colgaré del palo de la R.
Un millón de palabras que no sirven al hombre.
Mis palabras serán tierra y madre, piedra y sal.

ESE CRISTAL NO MUERE

Mujer, milagro,
pan del amor en cada día mío,
he de quedar contigo
hasta el último sitio de mi sangre.
Como una torre ardiendo
espero tu llegada;
aunque no vuelvas,
aunque digas adiós todas las horas
volveré a saludarte cada noche,
estrella ausente de mis dedos.
Tú sabes, ambos somos
ceniza que no olvida,
herencia de los besos somos hasta la muerte;
fuimos lo que dejó la noche
entre sus pliegues.
No digas que mis manos están lejos,
que está la boca mía muerta
en la distancia;
no digas que ha perdido
su calidad de amor el gran pasado,
no digas que el olvido
es un severo rostro que ha llegado.

No pongas lo que ha sido
como un reloj sin vida
a tu costado.
Yo no te espero,
yo solamente te amo.
No pido que regreses.
Hay una condición de parte mía:
te amo aunque no vuelvas,
aunque pierdas la voz
y a pesar de que cierres los ojos
en mis cartas.
Mujer, milagro,
pan nuestro de caricias,
patria mía de viaje,
continente lejano de los besos,
yo solamente te amo.
Hemos ganado una batalla;
nuestras mejores lanzas se partieron
ánima adentro, corazón adentro;
pero,
qué mejor arma que una buena herida.
No es preciso decir que no te olvido,
no necesito hablar de tu partida,
ni puedes tú decir que me has perdido.
Fuimos dos puntas de cuchillo ardiente
confundiendo sus filos en las venas,

fuimos dos bocas y una misma fuente
para besar y humedecer las penas.
Arteria loca fuimos
y aún lo somos.
El silencio es silencio solamente,
no cuentan en la vida las palabras,
vale más un cristal contra tu frente
que un torrente de voces en el alba.
En este libro vives en tu casa,
en él usé tu tinta de amapola,
cada letra que puse fue una brasa
que no se apaga aunque se quede sola.
En estas hojas vamos de la mano
hacia un sitio por nadie conocido,
de luto hacia la muerte de un manzano
tú con tu llanto, yo con mi vestido.
Pero yo te recuerdo;
en este libro
anda tu dulce fecha,
en este libro muerdo
con mi mano derecha
el día en que la vida
estableció tus ojos y mi guerra;
en estas hojas coloqué tu huida
para llegar más solo hasta la tierra.

SOBRE UN BANCO

¿Cuál es aquella oscuridad
donde solemos sentarnos a mirar el ruido brillante
de la música?
¿Qué luz hacen tus manos para adivinar en las
sombras
las caricias, las copas, los pequeños objetos?
Los del banco siguiente
en la noche pintada de colores en el muro
no creen en el amor. Me dices eso te digo eso y
allí mismo
nos declaramos inventores de la ternura
descubridores de algo tan fácil como besarse
así sea entre un rock y un escaño donde justas
caben las rodillas.
Pero es cierto, en los otros escaños no conocen el
amor
porque han llevado otras cosas para gastar,
además casi nunca escuchamos que hablen, no
vuelan esos pájaros sonoros
de las otras banquetas mientras nosotros nos
desangramos en verbos,
largos adjetivos, sustantivamos la carne
y suspiramos un adverbio de tiempo, ellos no saben

PIMIENTOS

Pasamos lentamente
por la vigilancia de los pimientos
verdes de tanto amor hacia sus hojas
pasamos y decías palabras que entraban
y salían del árbol, tus abejas de oro,
pero no lo sentías, sólo yo las miraba
atrasadas gritando tras nosotros,
se habían perdido en el camino
por eso los que aman y han hablado
cerca de los árboles van por las tardes
a buscar su sortija extraviada
y encuentran solamente rostros que buscan otras
cosas:
los objetos perdidos del amor.
Luego pisábamos la calle en paso de baile
corto, a los lados, golpeando casi las ventanas
con el rostro,
adentro de las habitaciones las ancianas abrían
sus ojos
de arrugas y memorias cejijuntas
y se extrañaban o sonreían o maldecían
porque las ancianas también tienen su cociente de
odio

y otras gentes miraban tu volumen de fruta
escondida
y yo seguía mirando al frente en olvido inmediato
por esas afrentas callejeras de ver que te punzaban
el pubis los ojos de tantos desconocidos
sobre los tejidos blandos y blancos que te cubrían
y te descubrían.
Y luego, en cansancio repentino, sonreíste
miramos el último pimiento, tomé una rama
y te pasé los labios
por el llamado abierto de los tuyos.
Habíamos llegado otra vez a otra parte
pero sumados por la misma mano
que aún en la muerte seguirá siendo tibia
suave saludo verde de los verdes pimientos en la
calle.

ÁNGELES

Se comienza por el cielo.
Exactamente así fue dicho por el ángel caído.
Se empieza por la nube, el beso
el canto volador, el ala ciega.
Se comienza por el cielo
y fue entonces resumida
la posibilidad del bien y el mal
fue cuando se negó el fin
amando el cielo que no hemos conocido
pero nuestro cielo puede ser clara vitrina
de aquéllas donde exhiben cuchillas de afeitar
telas para hábitos monacales
brasieres de nobles y amadas
pequeñas y olvidadas mujeres, sólo huellas
solamente huellas hechas al torcer una esquina.

Siempre se comienza por el cielo
porque el final es en otro lugar
el lugar que viene del cielo serpenteante
más oscuro a cada tramo
hasta llegar al sitio donde se abren los ojos
y es lo mismo que tenerlos cerrados.
Sin embargo el solo recuerdo de empezar por el
cielo
es haber estado en el paraíso.
Es la suerte de unos y otros
comenzar en el cielo
para terminar llorando a solas
maldiciendo a solas
o acariciando la dicha de no dejar tocar el alma
por los contaminados dedos de quien también
cayó del cielo.
Alguna vez los ángeles caídos estuvieron arriba
compartiendo la luz.

TODA LA SOLEDAD

Lo sabe todo el mundo, pero sigue siendo atroz
secreto;
seguimos solos, estamos solos, nacimos solos,
vamos solos
hacia el lugar que todavía no conocemos.
En el camino alguien te dice hola, o te abraza
o te acompaña a trechos y de repente, cuando el
camino se hace duro
miras a tu lado y marchas solo.
Viejo secreto que todo el mundo oye a grandes
voces
y nadie quiere meter en su mochila.
Es posible que exista algún pero, es posible que
sea el llamado amor
mas los sabios han arrugado la frente y han doblado
la curva
dando golpecitos al camino con la punta roma
del callado.
El camino va repitiendo el secreto en cada grano
de polvo
que se pega a la sandalia tuya a otra y a otra
y al fin se sabe nuevamente solo después de ser
pisoteado
y amado por un poco de agua, por una gota, por
unas gotas

por el soplo de la tarde que lo aventó hasta el
traje de algún caminante.

Pero el camino sigue siendo el gran maestro
y el secreto sigue en pie
y por eso han vencido el amor y han seguido
adelante

en busca de algo más grande que el amor
hasta toparse con el letrero aquel que dice:
aquí termina el secreto, de aquí no sigue nada
si quieres te queda el camino de vuelta pero es igual,
a lo mejor vuelves a ver tu grano de polvo
aunque es casi imposible encontrar una estrella
perdida

entre todas las estrellas perdidas.

Ese era el secreto, no había nada al final
porque después del final no queda ni la sombra
de la soledad

tú no serás criatura sola, te habrán de acompañar
tus ojos puestos atrás

tus arrepentimientos, tus llantos, tus sandalias
marchitas

el polvo que no es porque el tuyo está disperso
en otros polvos anónimos.

La soledad no te ha vencido, simplemente te ha
olvidado

como suele hacerlo desde que fue inventada
sobre una rueda negra que giraba en silencio.

NADIE SERÁ EL OTRO

Abre el sol su mano abres los ojos
¿y dónde el gesto esperado?
trabajas sobre yeso humano durante años
y una sola gota de agua te endurece
¿por dónde la actitud que buscabas?
tal vez en la calle estrechas donde llegaba la luz,
mensajero dorado
pero también se había ido de ese lugar
dónde el paso previsto, ¿el que se había medido?
ha perdido el ritmo o hizo lo del libro sagrado
busca a quién quebrantar la cabeza
esas atroces profecías se van cumpliendo en cada
esquina
y cada quien las sufre sin darse cuenta
así es quien monda su naranja
compra una manzana y le dicen que es pastosa
que no tiene jugo pero que está hermosa de piel y
de color
¿dónde se ha marchado el ojo que se hacía mirada
para dos?
puede ser que se fue alma adentro a perderse
como todos los seres
nadie quiere ser dos cada quien es uno solo

y llora su soledad pero ama su soledad y muere
en ella

y aún en la agonía pregunta por la gente
pero se aferra a sus soledad a esa mala bestia
que tal vez le engañó o tal vez no le engañó.

En todo caso, ¿dónde, en qué lugares estaba lo
buscado?

antes de separar el átomo la palabra había hecho
el mal milagro

de reventar la vida en trocitos menudos
y luego de la explosión pregunta el minero ciego:
¿dónde estarán aquellas piedras que trabajé con
tanto esmero?

No hay lugar para las cosas que la magia ha
hecho desaparecer
la magia de la palabra dicha una sola vez.

REYECITO

Gladiador de ojos entornados
buque pálido
no abras los labios ni las velas
que aún es temprano
siempre es temprano para serlo
temprano para engañar a los pájaros con un sol falso
acércate destronado
y lame la miel dejada por los osos
todavía queda vida
puede quedar para vencer una colmena
combatir con sus soldados
o hartar el corazón de sangre
o hartar la sangre de minúsculas batallas
pero no intentes nada contra los pájaros
porque ellos saben la hora de los cantos
destronado, ex rey de esta creación enloquecida
androide computado y vencido en los hoteles
las fábricas, los satélites espías
aún es temprano para arrepentirse
y hacer actos de contrición
y deja de traicionar las últimas verduras
podría hincarse la rodilla ante los pargos rojos
cierra los ojos
número maltratado de las estadísticas
todavía no ha llegado tu hora
y ya te han destronado.

POEMA ENE

Descúbrete si el logaritmo te llama
descúbrete si la cabaretera o la marquesa
pintadas en cuadros antiguos
caminan de lado sobre los muros.
Ahora estás en la reja de tu pasado
y la batalla sólo comienza
cuando de verdad los muertos se hayan desleído.
Descúbrete si pasa un hijo de Pascal
debe ser un hijo triste
como los padres pasados y futuros,
pero si de repente pasas ante la puerta
de tu vecina desnuda y encendida en llamas de
soledad
también descúbrete para ser dos teas en la calle
secreta.

Sobre todo no olvides que tu sombra te persigue
hace rato

y hacer rato ensaya posturas en el muro
y se cuelga y dice que el cuadro está torcido
que no le gusta esa posición ante el poniente
que la sala está oscura.

Desconfía de ella

que desde hace tiempo quiere su vida aparte
como la marquesa y la cabaretera.

Descúbrete pues, si tu sombra una tarde
aparece con un marco dorado
para colocarlo sobre tu pecho.

Justamente donde está el bolsillo de la camisa.

Descúbrete si la camisa
también agita su bolsillo.

DE HILO

¡Oiga, oiga!

¿Se puede hablar un rato con la eternidad?

¿se puede o también me van a responder

que se cortó la línea en mil novecientos nunca?

¿Está prohibido marcar el número de los jamases?

¿de los adioses, de los no volverás?

¿Se puede hablar dos minutos de eternidad?

Total qué son dos minutos para ella...

Y sale el número equivocado

porque responde un ángel de hilo:

aquí no hay nadie... aquí no hay nadie...

aquí no hay nadie...

esto es una grabación... soy un ángel de hilo,

soy un ángel de hilo... soy

el que da vueltas y vueltas

ésta no es la eternidad

la eternidad se ha ido.

Dicen unos que se cansó de esperar.

Otros comentan que cambió de casa.

Aquí no hay nadie, soy un ángel de hilo...

TAQUILLA SIETE

Yo llegué ahora, yo llegué ayer
llegué hace un año, yo lo hice hace dos,
hace tres años llegué yo.
Yo llegué, ¿me oye? ¡Llegué y nada! ¿Me oye?
¿Qué encomienda es esta sin rótulo claro?
¿Está bien que salgan paquetes de algún sitio
para llegar a otro sitio ene?
¿Qué está pensando quien nos ha envuelto?
¡Oiga! ¿Es posible devolver los paquetes extraviados?
¿O es que en este lugar no hay un buen sitio
para depositar quejas?
Yo llegué, y nada, no ocurre nada, no preguntan,
no me reciben,
¡ni me nada! ¿Qué es el horrendo desorden?
¿Cuándo sale el próximo correo?
Y no diga hacia adónde
me acostumbré a estar perdido en estas oficinas.

AGUA DULCE

Corría el año de su vida mejor
cuando alguno asomó a la puerta y explicó:
se te va la sombra
corre tras un atadito de billetes de banco.
Como era el último justo de la ciudad
siguió caminando sin temores
y de paso recogió el segmento de sombra
que no quería seguirle.
Al cruzar por detrás de un agua
miró la cortina fría
y se quedó jugando para siempre
al juego de la gota que va hacia arriba
cae vuelve a subir y es la misma y otra
y otra y otra...
como gritaba un chico bañándose en la fuente.

EL AÑO DE LA PORCELANA

Allá por el año de la porcelana
le dije que la quería
contestó que estaba bien
por ser el año de los caolines
pero que era preciso amarrarse un beso al dedo
pequeño
para recordar que algo se olvidaba,
hablamos del amor, pintamos el hombrecito
que salió caminando
hasta que esa mañana se rasuró
levantó la mano sonrió frescamente al cerrar la
puerta
y se metió en el aire.
Otra vez volvimos a desatar el nudo del beso
y el meñique estaba morado casi muerto
como ocurre a todos los dedos
si el hilo aprieta la sangre mucho tiempo.
La sangre que levantó la mano en la puerta
cuando salió en busca de su año de la porcelana.

DESASTRE

Ah... ah... el traje me sienta bien
lástima que no quepa todo entre sus pliegues
siempre quedo un poco al aire
así el traje me venga bien.
¿Y qué tal si agregamos un poco de viento a los
lados

un soplo aquí, bajo la manga
un trocito de avena por el cuello
un tris de nieve para las puntadas
algo de abismo donde se deslice el brazo?

Ah... qué lástima, qué pena, siempre me salgo
un poco de los trajes
hechos sobre medida.

MELAZA TURBIA

Escúchame mientras el sol tenga tiempo de arder
y no llega a nosotros la ceniza de los desterrados,
escúchame mientras la llama se hunde
desde la cabeza de la esperma
para evitar la llegada de la espuma
o no condescender con las arenas agobiadas
por el ojo de las madréporas.

No escondas la luz de los astros quemados
bajo la túnica de melaza turbia
porque inútilmente te arrancarán los ojos
mientras duermes o velas.

No olvides mis recuerdos, solamente desnúdate
frente al mar ola en el verano

o apenas cualquier ola en cualquier tiempo.

Levanta el hilo de la sangre para tejer
la vida y la muerte, el vacío y la trama
y darás tiempo a mi viaje a los acantilados.

Si supieras el despliegue de ángeles
el naufragio de vírgenes solas en la playa
doblarías tu vigilancia a las estrellas.

Pero no, sufres frágil traza de paja
condenada al fuego,
sufres y callas vasija envenenada
y guardas cada hora venida entre tus pliegues
en las costuras de tu silencio.
Te vence cada hora y te abandona sola
contemplando el desfile del alfarero en ruinas.
No quería recordarte nada.

ÁRBOL

Los árboles tienen sus fechas escritas
las del fruto
la de la muerte
y la del sol
los árboles tienen sus pájaros escritos
y sus ramas hechas a mano por el tiempo
los árboles tienen el corazón grabado por su
misma vida
y en ese corazón leñoso se lee
que un día caerán de viejos
de pesados, de secos
de pájaros
que caerán de agua y de viento
y llegarán al pasto para aconsejar otros arbustos
que también traerán sus fechas escritas;
los árboles tienen puesta la vida
y puesta la muerte

como sus demás compañeros de tierra:
hombres, larvas, sedas, gotas, gorras,
palabras
aunque las palabras se fundan en el aire
y tomen un nombre, el nombre de aire.
Pero los árboles vienen con su sombra escrita
con letras que crecen al lado del sol
y de su tronco.
Y escrita está la fecha del cotiledón
y del hachazo y el día de la hoguera en la casa
desconocida.
Todo acaba en la fiesta del fuego.
La fecha del incendio.

ÓSCAR HERNÁNDEZ

Nació en Medellín en 1925. Estudió en las Universidades de Antioquia y Pontificia Bolivariana. Ha sido periodista desde los 15 años, autor de libretos para radio y de canciones populares, actor de cine, boxeador y futbolista en su juventud. Dirigió la Imprenta Departamental. Poeta y narrador. Su obra literaria: *Los poemas del hombre* (1950); *Mientras los leños arden* (cuentos, 1955); *El día domingo* (prosas, 1962); *Las contadas palabras* (1958); *Habitantes del aire* (1964); *Al final de la calle* (segundo Premio de Novela Esso, 1965); *Versos para una viajera* (1966); *Las contadas palabras y otros poemas* (1986); *Después del viento* (2001) y *Las contadas palabras y otros poemas* (Libro recobrado – Universidad Nacional, 2007).

CONTENIDO

La cena [7], Simón metálico [9],
Las contadas palabras [13], Se prohíbe la entrada de
los muertos [15], Gran padre todo [18], El fin [20],
Germinal negro [22], Amaos idiotas [25],
La voz del hombre [29], Viva y santa alegría [31],
Réquiem de la desesperanza [34], Las épocas de la
sombra [36], Memoria [38], Esto es tuyo y es mío [40],
El día de las palabras [42], Hay que matar mucho [44],
Ese cristal no muere [46], Sobre un banco [49],
Pimientos [51], Ángeles [53], Toda la soledad [55],
Nadie será el otro [57], Reyecito [59], Poema ene [60],
De hilo [62], Taquilla siete [63], ¿Espantoso? [69],
Agua dulce [64], El año de la porcelana [65],
Desastre [66], Melaza turbia [67], Árbol [69]

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar

31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Óscar Hernández



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en octubre de 2010

Se compuso en caracteres
Sabon de 10,5 puntos
y se imprimió
sobre papel periódico de 48,8 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem

